

En el método de clasificación podría observarse un poco de irregularidad, ya que el autor mezcla las clasificaciones hechas atendiendo a los significados de las perífrasis (criterio seguido generalmente) con las hechas atendiendo a los tiempos en que se encuentra el verbo auxiliar (*saber*, § 18), o al orden de las palabras (*mandar*, § 16), o a la persona en que se halla el verbo conjugado, criterio este último cuyo valor no alcanzamos a comprender.

Sin embargo, el mayor reparo que puede hacerse al libro es el de su parcialidad. El estudio es incompleto, cosa que no puede apreciarse por el título de la obra, demasiado general y ambicioso. No solamente se omite el estudio de muchos de los usos del infinitivo que ofrece el *Corbacho*<sup>5</sup>, sino que incluso dentro de las construcciones infinitivas estudiadas se observan lagunas inexplicables. Por ejemplo: como ya hemos indicado, la mitad de la obra se dedica al estudio de las perífrasis de infinitivo; pues bien, simplemente en el prólogo del Arcipreste (siete páginas en la ed. de Simpson) se encuentran dos construcciones perífrásticas que González Muela no menciona<sup>6</sup>.

Es de esperar que en la próxima edición del libro subsanará su autor todas estas pequeñas deficiencias, de poca monta frente a la utilidad indiscutible de su investigación.

JUAN M. LOPE

El Colegio de México.

MANUEL GARCÍA BLANCO, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*. Universidad de Salamanca, 1954; 453 pp.

Don Manuel García Blanco, el excelente editor y comentarista de Unamuno, nos da aquí un detalladísimo estudio biográfico-cronológico de la actividad poética de don Miguel. El libro no es, ni pretende ser, un estudio de *la poesía* de Unamuno, sino de sus poesías. Apoyándose con precisión y minuciosidad en el inagotable material bibliográfico a

<sup>5</sup> He aquí algunas construcciones de las que nada se dice (cito por la ed. de L. B. Simpson, Berkeley, 1939): 1) infinitivo con preposición, complemento de un nombre (*que de non saber sería ynposyble*, p. 15); 2) inf. usado como sustantivo (*el amar*); 3) inf. usado como nombre y como verbo conjuntamente (*sería útil cosa e santa dar causa conyuyente*); 4) inf. con preposición formando oración subordinada: a) inf. con *de* condicional (*fuera de ser por hordenado matrimonio... ayuntados*, p. 11); b) causal, con *por* (*por querer seguir el apetyto*, pp. 5 y 7); c) modal, con *en* (*el que su tiempo e días en amar loco despiende*, p. 8); d) final, con *para* o *por* (*para se defender*, p. 4); e) de tiempo, con *al*, etc.; 5) perífrasis inceptiva 'estar a punto de' + inf. (*estó en punto de rascarme o de me mesar toda*, ejemplo citado por el mismo autor en otro lugar, p. 116); 6) inf. independiente, con valor adversativo, introducido por "en guar de" (*en guar de medrar, desmedro. En guar de fazerme paños nuevos...*, p. 128; *en guar de llamar, suplicar e inuocar a N. Señor*, p. 264; *en guar de conoscer señorio*, p. 147).

<sup>6</sup> El autor estudia en el § 20 la perífrasis formada con *plazer*, y clasifica su empleo en cuatro grupos, según que el auxiliar vaya, a) en presente de indicativo, b) en pretérito de indic., c) en futuro de indic. y d) en imperfecto de subjuntivo; pero en la p. 3 de la ed. de Simpson aparece tal perífrasis usada en futuro de subjuntivo (con tres infinitivos): "aquellos que les *pluguere* leerlo, e leýdo retenerlo, e retenido por obra ponerlo". Asimismo, la perífrasis con *querer* de la p. 5 ("por querer seguir el apetyto... quiere perder aquella gloria... del Parayso) tiene un matiz (=deja, permite) que no coincide con ninguno de los cinco que el autor recoge.

su disposición —textos impresos, manuscritos, epistolario—, García Blanco nos da la historia de casi cada poema escrito por Unamuno: siempre que ello le es posible, fija el momento ideológico y sentimental del origen del poema, las fechas y detalles de sus diferentes versiones, la fecha o fechas de publicación, los comentarios de don Miguel, de sus amigos y de la crítica a cada poema o a cada libro, etc. Son de especial interés las páginas dedicadas a los poemas de *Poesías* (1907) (pp. 9 ss.), varios de ellos significativamente anteriores a 1900, las dedicadas a *Rimas de dentro* (pp. 253 ss.) y a los poemas de *Andanzas y visiones españolas* (pp. 239 ss.), muy anteriores todos a su fecha de publicación en libro (1922), y las “historias” de los muchos poemas que nunca hallaron acogida en volumen y a través de cuya existencia independiente percibimos una continuidad de temas y de pasión sostenida por la poesía que nos permiten enlazar entre sí todos los volúmenes de poesía de Unamuno. Es excelente la “historia” de *El Cristo de Velázquez* (pp. 209 ss.), que nos descubre una lenta y metódica labor de siete años (1913-1920) a lo largo de la cual vemos en Unamuno un poeta intenso, sistemático, concentrado; un poeta bien distinto del “energúmeno” improvisador de artículos y versos que ha sobrevivido en la fácil leyenda.

Por otra parte, tal vez sea lo mejor del libro la forma en que García Blanco ha sabido llevar a cabo su minuciosa investigación para poner de relieve la gran pasión de Unamuno por la poesía; pasión sentimental, teórica y técnica que palpita intensamente a lo largo de más de cuarenta años de vida creadora y que se nos ofrece en este libro a través de los innumerables comentarios de Unamuno —por carta, en artículos— a casi cada poema suyo. Queda ahora más clara que nunca la voluntad de Unamuno de ser, por encima de todo, poeta. ¡Con qué ternura habla de su “poesía otoñal” y comenta cada uno de sus poemas! Y cómo insiste en que su verdadero “yo” es el del poeta: “Cuando me produzco lógicamente no soy «yo»; es el condenado catedrático de que estoy poseído; y, en cambio, respiro a mis anchas cuando puedo volar por las regiones nebulosas del pensamiento protoplásmico, sin ideas, ni conceptos definidos, por aquellas alturas en que se funden el sentimiento, la fantasía y la razón, en que se amalgama la Metafísica y la Poesía” (citado p. 30); y cuando alguna vez, no el catedrático, sino el moralista obsesionado por los problemas de España, pretende revolverse contra la poesía, no tarda la reacción del poeta: “¿A dónde vamos? —le pregunta a Maragall en una carta— Usted cree en su pueblo, yo creo en el mío. ¿No es, en el fondo, que usted cree en sí mismo, y yo en mí mismo? No lo sé... no lo sé... Junto a todo esto, ¿qué importan las poesías? Es decir, sí; de aquí brotan” (pp. 114-115). Y en un artículo: “Todo lo que de veras vive en el corazón está en verso... ¡Ah, si yo hubiera podido... reducir a verso mis efusiones todas!” (pp. 263-264).

Esta pasión por la poesía llevó a don Miguel a preocupaciones teóricas y técnicas mucho más hondas y persistentes de lo que sospechan quienes sólo quieren recordar sus ex-abruptos contra las tecniquerías deshumanizantes de los “poetisos” que despreciaba. Y si bien es cierto que Unamuno no fue nunca un Mallarmé en cuanto a sutilezas teóricas, este libro de García Blanco deja bien asentado que ahondó como

poeta en algunos de los más importantes problemas formales del verso español<sup>1</sup>. Grande y continuo fue, por ejemplo, su interés por los problemas que a principios del siglo xx se planteaban los poetas españoles a propósito de la rima<sup>2</sup>, y numerosos fueron sus intentos de lograr una música y ritmo interiores ajenos al compás fácil<sup>3</sup>. Bien conocida es, por otra parte, su lucha teórica contra los modernistas que por destruir la poesía zorrillesca cayeron en otro tipo de música de compás excesivo y, según Unamuno, sin contenido.

Es de lamentar a este respecto que García Blanco no haya podido dedicar más espacio al *Cancionero*<sup>4</sup>: uno de los aspectos más interesantes de este libro singular es, sin duda, la pasión teórica por la poesía que ahí palpita. Es grande en ese libro la preocupación por la técnica poética y sorprende el esfuerzo que hace Unamuno por asimilar nuevas formas de versificación y ritmo que atestiguan un continuo interés de poeta —y no sólo de “pensador” aficionado a versificar— por la poesía.

Por si todo esto fuera poco, García Blanco nos da además una excelente antología de poemas inéditos o no recogidos en volumen; entre ellos se encuentran algunos de los mejores salidos de la pluma de don Miguel, como “Llueve” (pp. 388-392) y los sonetos “En horas de insomnio” (pp. 398-400).

García Blanco termina el libro con una soberbia bibliografía sobre la poesía de Unamuno digna de las que nos ofrece con regularidad en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*.

En resumen, un libro indispensable para quienes deseen acercarse a la obra de Unamuno con algo más que artículos volanderos. Aunque para la crítica purista que pretende aislar el poema de toda su historia, gran parte de la información presentada por García Blanco pueda parecer ajena a la poesía misma, creemos que este libro es una contribución de primera importancia al estudio orgánico de la obra de Unamuno.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Ohio State University.

VICENTE T. MENDOZA, *Lírica infantil de México*. [Prólogo de Luis Santullano. Ilustraciones de Julio Prieto]. El Colegio de México, México, 1951; 177 pp.

Es ésta, que sepamos, la primera compilación extensa de canciones infantiles mexicanas. Reúne 193 textos con su música, tomados en su

<sup>1</sup> Cf., por ejemplo, una carta de Unamuno a Vaz Ferreira en la que habla detalladamente sobre diferentes metros españoles y su acentuación (pp. 28-29).

<sup>2</sup> Cf. entre otras las pp. 120, 153, 161, 172-173. Llevado por su obsesión de acabar con el sonnete fácil de la poesía decimonónica —obsesión en gran parte generacional, como es bien sabido—, Unamuno empezó rechazando toda rima, pasó luego a buscar la rima interna en el verso libre y, en su madurez, encontró justificaciones teóricas tanto para la rima como para el verso libre.

<sup>3</sup> “El compás mata al ritmo”, decía en una carta de 1900 (cf. p. 44).

<sup>4</sup> El autor no dedica más páginas al *Cancionero* por razones obvias de tamaño, y porque la historia de los poemas, por lo menos en cuanto a fechas, queda hecha en el mismo texto.